

Preámbulo

Hay rutinas que motorizan nuestras vidas de un modo tan mecánico que ni nos damos cuenta de que se han producido y, a veces, ayudan a vivir. Existen otras que están como impresas en determinados programas cerebrales que posibilitan de un modo inconsciente mover las manos, parpadear, andar, hacer la digestión, entre otras muchas tareas. Sin ellas la lucidez extrema nos llevaría a situaciones agobiantes e insoportables.

Sin embargo, nos encontramos con otro tipo de rutinas que por su excepcionalidad y por lo que significan podríamos definir las como rutilantes y extraordinarias. Es el caso de los viajes anuales que realiza la Asociación Cultural La Tribu Educa.

El modo tan participativo como se elige el viaje, la gestión desarrollada para que el viaje se acomode a los viajeros y no al revés, el entusiasmo mostrado desde el primer momento por parte de los interesados, el afán generoso por colaborar e intentar que todo esté en la forma adecuada por parte de la organización, hacen de esta empresa un proyecto verdaderamente encomiable e implicativo.

Esas son las razones fundamentales por las que quienes se inscriben a estos viajes los inicien con una impronta y una actitud especial, no exenta de expectación, lo que repercute directamente en su desarrollo y en la obligada convivencia durante bastantes días.

Es lo que seguramente pasará en el que vamos a iniciar. Quety dice confiadamente que por donde va La Tribu sale el sol. Sin ser excesivamente pretenciosos, con algunas nubes nos podríamos conformar. Veremos.

Conchi, Julia, María José y Paco